

«Hicimos misas clandestinas por mi padre durante 10 años»

40 aniversario. Cristina Cuesta recuerda a su progenitor, delegado de Telefónica, asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas

JESÚS J. HERNÁNDEZ



El miedo entró en la casa de Cristina Cuesta el día que mataron al jefe de su padre, Juan Manuel García Cordero. Era el delegado de Telefónica en San Sebastián y los Comandos Autónomos Anticapitalistas —una escisión de ETA— esgrimió el pretexto de que la empresa colaboraba en las escuchas policiales, algo que siempre negaron. «Nosotros teníamos una relación muy cercana con su familia. Ahí comencé a cambiar todo en casa. Primero, por el 'shock' que nos produjo y, luego, por las consecuencias que tuvo, ya que mi padre aceptó el cargo de su jefe asesinado. Fue un acto de infinita valentía por su parte y por parte de mi madre».

La vida cambió. «No podíamos ir con mi padre en el coche, le pusieron escolta y nos mudamos de casa. Nos adaptamos toda la familia, especialmente mi madre y mi hermana Irene, que tenía 14 años. Yo tenía 18. Mi padre lo llevaba bien porque tenía un carácter que hacía fácil lo complicado». Enrique Cuesta llevaba la procesión por dentro. «Miedo tendría pero se lo echó a los hombros, nunca lo comenté. Yo supe después lo que significa llevar escolta porque la tuve durante diez años».

Enrique Cuesta estuvo en el cargo poco más de un año, hasta que

la banda le asesinó el 26 de marzo de 1982. Fue tiroteado junto a su escolta, Antonio Gómez, que también murió en aquel atentado perpetrado en el breve recorrido que hacían a pie entre el trabajo y su domicilio en San Sebastián. «Hay algo que resume bien el miedo que se vivía en aquella época. Alguien llamó a casa por teléfono y me avisó: 'Baja deprisa que a tu padre le ha pasado algo'. Supe inmediatamente que era un atentado. Si me concentro, puedo escuchar todavía esas palabras». Soñó con ellas durante años. Nunca supo quién llamó. «Se lo agradecería, por haberme avisado».

En aquella Euskadi imperaba el silencio. «En estos cuarenta años tres personas han venido donde mi hermana y donde mi para contarnos que vieron el atentado y que no hicieron nada. Y lo vieron con detalle: cómo mataban, cómo salieron corriendo, cómo huieron en coche. Nos lo contaron afectados. Creo que tuvieron la necesidad de compartirlo con nosotras», cuenta.

Hay imágenes aún más clarificadoras de aquel tiempo. «Durante diez años estuvimos organizando misas clandestinas». En aquellos años, no había manera de que ninguna parroquia de San Sebastián las acogiera de forma pública. «Soy muy cabezota y yo quería una misa en la que se nombrara a mi padre. Que se dijera algo de él, que sufrió un atentado. Al final, un maravilloso párroco de la parroquia de Santa María, uno de los cuatro o cinco que han estado con las víctimas en esos años, nos dijo que sí. Pero que teníamos que hacerlo sin publicidad y dentro de la capilla del Cristo porque él no tenía permiso para hacerlo». Aquella «anomalía», en sus propias palabras, duró una década. Diez años de misas clandestinas, sin escuela ni aviso. Claudian «una decena de allegados, los más cercanos. Pero allí se le recordaba con dignidad y como lo que era, una víctima del terrorismo». Un pe-



Cristina Cuesta posa con un retrato de su padre, Enrique Cuesta, a la espalda. JOSE RAMÓN LADRA

queño triunfo que, como algunas víctimas, arañaron «luchando».

«La gran derrota»

Tras la muerte de su padre, Cristina dejó sus estudios de Periodismo en Leioa para ponerse a trabajar y su madre cayó en una depresión «de la que no se recuperó nunca» hasta su fallecimiento en 2017. «Las víctimas, en aquella época, no cobraban pensiones extraordinarias y mi madre tardó diez años en recibirla, hasta 1992».

Cristina Cuesta tuvo protección porque, años después del asesinato, militó en los principales movimientos pacifistas, desde Gesto Por la Paz a Denon Artea y luego jBasta ya! Ahora dirige la Fundación Miguel Ángel Blanco. A su juicio, «la ideología que ha justificado el crimen sigue vigente y esa es una de las grandes derrotas de las víctimas y de toda la sociedad que se enfrentó al terrorismo. Muchos se apuntan ahora pero hay mucho impostor, gente que no estuvo allí y que se suma tras la derrota militar, que ha existido y la valoro, pero no ha habido una

derrota política del terrorismo. Creo que hace falta una reflexión autocrítica del nacionalismo».

Ella vive en Madrid y otea ya una jubilación en la que seguramente escribirá un libro. Siente que «lo que da sentido a mi vida es reivindicar el legado de mi padre. Lo reivindico como una persona inocente, injustamente asesinada, y que representaba, como tantos otros, la normalidad democrática».

«Estoy muy vinculada al País Vasco. Allí vivió mi madre hasta 2017, allí están mis amigos, mis compañeros», admite. Hasta 2010, cuando regresaba a Euskadi, llevaba escolta. Volver no está entre sus planes. «Estoy muy arraigada y feliz aquí en Madrid. Siempre me han gustado las grandes ciudades, donde pasan tantas cosas y hay tantas oportunidades», avanza. Pero, luego, deja caer algún motivo más hondo. «Aquí me siento libre. En el País Vasco la gente te pregunta '¿tú no eres de aquí, verdad?'. En Madrid la pregunta es: ¿tú de dónde eres? Hay una gran diferencia».

«Vi una pintada de 'Gora ETA' y escribí: ¿Y si matan a tu padre?»

Cuatro años después del asesinato de su padre, Cristina Cuesta se matriculó en la Facultad de Filosofía en Zorroaga. Corría el año 1986 y acababan de matar en San Sebastián al general de brigada Rafael Garrido con una bomba lapa que acabó también con la vida de su esposa y su hijo. «Una pintada en un aula me dejó helada. Luego intentaba no pasar por allí. Decía 'La familia Garrido se ha ido como el humo de las velas'. Meses después, Cristina Cuesta encontró un 'Gora ETA' en un pasillo. «Escribí debajo: ¿Y si matan a tu padre?». Unos días después pasó por allí y alguien —no es seguro que fuera la misma persona— le había respondido con crueldad. «Algo habrá hecho», escribieron debajo.

LAS FRASES

SU MISIÓN ACTUAL

«Lo que da sentido a mi vida es reivindicar el legado de mi padre como una persona inocente, injustamente asesinada»

EL FUTURO

«No volveré a Euskadi cuando me jubile, aunque tengo allí muchos amigos y familiares. En Madrid me siento libre»